

ó que despues de haberla imaginado no pudiese marchar sin su auxilio, era necesario renunciar á todas absolutamente, desechar el pensamiento, abandonarse á la casualidad, y aspirar á la tiranía segun las fuerzas de cada uno, ó resignarse; pues lo que sin la arbitrariedad seria una reforma, con ella llega á ser una revolucion, es decir, un trastorno; y lo que sin ella seria una reparacion, por ella llega á ser una reaccion verdadera, ó lo que es lo mismo, una venganza y un furor sin freno.

CAPITULO IX.

Recapitulacion.

En esta obra me he propuesto tres objetos: el primero, persuadir que siempre es necesario estar alerta contra las reacciones; el segundo, prevenir contra la arbitrariedad; y el tercero en fin, el que se haga un uso frecuente de los principios. Si he llegado á conseguir uno de estos tres objetos, es tal el encadenamiento de todas las verdades, que he logrado los tres.

Si las reacciones son una cosa terrible y funesta, evitad la arbitrariedad, porque las lleva consigo como una consecuencia precisa: si esta es un azote destructor, evitad aquellas, porque aseguran su imperio. En fin, si quereis libertaros de las reacciones al mismo tiempo que de la arbitrariedad, acogeos á los prin-

cipios, que son los que os pueden preservar. El sistema de estos, es el único que ofrece una tranquilidad verdadera, y él solo es el que presenta á las agitaciones políticas una muralla inexpugnable. Por todas partes en que se haga brillar la demostracion, las pasiones no tienen asidero, pues abandonan la certidumbre para hacer caer su violencia sobre algun objeto que se contradice. La esclavitud y la feudalidad no son ya entre nosotros el gérmen de la guerra; y la supersticion, enemiga de la religion verdadera, ha quedado ya únicamente reducida á la defensiva. Si los privilegios hereditarios nos producen todavía alguna division, esto consiste en que los principios que los excluyen, no están revestidos de toda la evidencia que les es propia; y en razon que aquellos se establecen, los furores se apaciguan; y cuando han triunfado, la paz reina de un modo duradero.

Así nosotros observamos que las pasiones se baten en retirada; y aunque algunas veces son furiosas, sanguinarias, feroces y sacan su partido contra algunos de sus individuos, sin embargo, vencidas siempre por las verdades, retroceden, quedando confundidas delante de cada barrera nueva que se levanta contra ellas por este sistema progresivo y regular, cuyo complemento gradual es la voluntad suprema de la naturaleza, el efecto inevitable de la fuerza de las cosas y la esperanza consoladora de todos los amigos de la libertad. Este sistema acelerado en su desarrollo por las revoluciones, difiere estas mismas como la paz difiere la guerra, y como el triunfo difiere el combate.

Cálculos políticos sacados de las ciencias exactas por su precision, hases indestructibles para las instituciones generales, una garantía positiva para los derechos individuales, la seguridad para

cuanto se posee, un camino cierto para todo aquello que puede adquirirse, una independencia completa de los hombres, una obediencia implícita á las leyes, la emulacion de todos los talentos y de todas las cualidades personales, la abolicion de los poderes abusivos y de las distinciones quiméricas, (que no teniendo su rígen ni en la voluntad ni en el interes comun, hacen que recaigan sobre sus poseedores los mas odiosos nombres), la armonía en el todo, la fijacion en los pormenores, una teoría luminosa y una práctica preservadora. . . . tales son los caracteres del sistema de los principios.

En fin, él es la reunion de la felicidad pública y particular ; abre la carrera al genio, como defiende la propiedad del pobre ; pertenece á los siglos, y las convulsiones del momento no pueden nada contra él. Resistiéndole, se pueden sin duda causar unos sacudimientos de-

sastrosos ; pero desde que el entendimiento del hombre marcha avanzando, y la imprenta consigna sus progresos, ya ni la invasion de los bárbaros, ni la coalicion de los opresores, ni la evocacion de las preocupaciones son capaces de hacerle retrogradar. Es necesario que las luces se extiendan ; que la especie humana se iguale y eleve ; y que cada una de las generaciones sucesivas, que la muerte consume y disipe, deje á lo menos tras de sí un camino brillante que señale siempre la hermosa senda de la verdad.

